

Cuadernos de **Relaciones Laborales**

ISSN: 1131-558X

[http://dx.doi.org/10.5209/rev\\_CRLA.2016.v34.n1.52701](http://dx.doi.org/10.5209/rev_CRLA.2016.v34.n1.52701)EDICIONES  
COMPLUTENSE

Moreno, L. (2014). *Europa sin estados: Unión política en el (des)orden global*. Catarata. Madrid.

Luis Moreno condensa en este libro una serie de ideas sobre el proceso de europeización que ha ido elaborando a lo largo de sus 30 años de trayectoria académica.

Para comenzar, el autor plantea algunas nociones sobre la territorialidad de la política y la dimensión espacial del poder que aportan luz al debate acerca de la europeización.

Los Estados-Nación han sido objeto de estudio habitual debido a su importancia. En el imaginario colectivo suele darse la confusión entre estado y nación, pero Moreno destaca que es necesario distinguir entre construcción estatal y construcción nacional ya que, aunque suelen ser procesos simultáneos, se dan por separado. La importancia del Estado-Nación reside en que es la institución emblemática de la edad contemporánea, “decisivo en la conformación de la política contemporánea mundial al mezclar nacionalismo y modernismo en un bloque ideológico único” (página 31).

El autor rescata un dato que evidencia el dudoso éxito de los Estados-Nación. En un tercio de Europa las identidades nacionales-estatales están en cuestión. La idea que trata de resaltar es que detrás de cada estado no siempre hay una identidad nacional homogénea, sino que hay otras identidades que estructuran igualmente. Un ejemplo son los grupos étnicos.

Por otro lado, Moreno diferencia dos nacionalismos, el estatal y el que no tiene estado. El nacionalismo estatal se dio en procesos de modernización e industrialización en los siglos XVIII y XIX. Los estados que consolidaron ese nacionalismo han sido claves para la estructura del proceso de europeización. Respecto a los nacionalismos que no tienen estado, el autor destaca que se dan en “politeyas de composición plural” (pág. 35) donde los rasgos identificativos pueden generar una movilización política en pos de conseguir estructuras de autogobierno. Ambos tipos de nacionalismos pueden tener un carácter cívico o étnico, o entremezclado, dependiendo de su contexto y situación.

A pesar de que la idea de progreso era lo que en un principio alentaba la creación de los Estados-Nación europeos, lo que atraviesa a todos los Estados-Nación europeos en los siglos XIX y XX es “el intento de maximizar sus soberanías con la conquista de mercados e imposición de estrategias político-militares” (Pág. 37).

Siguiendo el hilo argumental del libro, se aborda el concepto de federación. Estos son pactos políticos para favorecer la unidad en la diversidad. Las federaciones se pueden entender como “una sociedad de sociedades unida para preservar la seguridad de los que se unen” (pág. 39). Situándonos en la Unión Europea (UE), se afirma que esta es una pseudo-federación que parte de una

confederación, resultado de una unión con muchas trabas para el desarrollo de sus competencias (fruto de resistencias estatales). El producto actual se podría definir como una federación intergubernamental que aúna la acción de los gobiernos en un marco institucional europeo.

Así pues, ¿qué identifica al gobierno europeo? El principio de subsidiariedad y la rendición de cuentas democrática, plantea Moreno. Dentro de estas dos ideas caben muchas matizaciones pero ambas pretenden ser una manera de gestionar la diversidad y permitir el reconocimiento de las minorías e identidades que se entremezclan en todo el territorio. La subsidiariedad es definida como la toma de decisiones transnacionales sólo si los niveles anteriores no están en mejores condiciones para ello. El problema es que, frecuentemente, desde las élites locales se hace una interpretación de la subsidiariedad como salvaguarda de su soberanía. Pero no todo es negativo, ya se ha dado mayor protagonismo a regiones sub-estatales, favoreciéndose la rendición de cuentas y la capacidad de iniciativa.

De esta manera, destaca el autor, llegamos a la forma institucional que debería consolidarse en este proceso, la gobernanza multinivel (GMN). Idealmente procede de una “europeización que genera una unión política compartida entre territorios y niveles de administración que son legitimados por valores ciudadanos comunes” (página 53). En la práctica, esta gobernanza surge de una doble interacción, vertical –niveles de gobierno- y horizontal –confrontación actores no públicos y administración-. Es un enfoque que integra intergubernamentalismo y supranacionalismo pero que se encuentra con dos escollos: el celo por el mantenimiento de la jurisdicción estatal y la “trampa de la decisión conjunta” (consenso resulta ineficaz) (pág. 55). En este escenario, las mesocomunidades jugarían un papel destacado para desarrollar culturas cívicas locales ya que son motores de innovación política que encajan mejor como correa de transmisión (están equidistantes de diferentes niveles institucionales). Así se solucionarían desequilibrios en las capacidades políticas de grandes regiones y países pequeños.

A continuación, el autor desarrolla estas reflexiones en el contexto actual. Desde los años noventa, en Europa ha habido una marea de influencia anglo-norteamericana que ha propagado el neoliberalismo. Este modelo, destaca Moreno, que entra en el continente se ha visto reforzado por la ausencia de alternativas. Sus señas de identidad más características son la movilidad no restringida de capitales y la individualización de los riesgos sociales. Con este escenario, ha surgido una oportunidad para impulsar el euroescepticismo aprovechada por partidos populistas que “abogan por un retorno a la situación anterior con un restablecimiento de las fronteras estatales como marcadores territoriales intocables” (pág. 67). Ahora bien, esto no significa que estemos abocados al desastre. Hay algo común a los estados miembros de la UE: un modelo que antepone la protección de las personas ante los riesgos sociales provocados por las ineficiencias y perversidades del mercado mediante la progresividad fiscal (contraria a la idea de empoderamiento individual expresada por el individualismo posesivo).

Más concretamente, argumenta el autor, hemos llegado a la situación actual tras dejar atrás un periodo próspero (después de 1945) en el que los distintos servicios públicos proporcionados por los Estados dan legitimidad a los mecanismos de acumulación capitalista y se consigue un pacto social que brindará cohesión social a los países europeos hasta los años setenta. En ese momento, el equilibrio de las

sociedades industriales avanzadas se rompe. Factores exógenos (globalización financiera) y endógenos (ineficacias en políticas económicas estatales) quiebran el pacto. En ese contexto nace el Euro, como herramienta para hacer frente a este nuevo contexto mundial, y se avanza hacia una continentalización de la política exterior al tiempo que van surgiendo plataformas antieuropeistas. Hoy en día, estas plataformas se han consolidado en forma de partidos eurófobos, marcadamente xenófobos y ultranacionalistas, que culpabilizan a las instituciones europeas de ineficacia para resolver la crisis.

Ante esta situación, en la UE se ha avanzado en la toma de decisiones “haciendo de la necesidad virtud” (pág. 81). Tras el fracaso de la constitución europea, se ratifica en 2009 el tratado de Lisboa y el tratado de estabilidad, coordinación y gobernanza (en 2011). Este último tratado marca un antes y un después, ya que se prescinde de la unanimidad para tomar decisiones debido al contexto de la crisis, y se rompe la lentitud en la toma de decisiones.

Llegados a este punto los siguientes pasos de esta europeización son tres: unión bancaria, consolidación de mecanismos de coordinación económica e implantación de presupuesto propio de la UE. Para poder lograrlo, y superar la parálisis actual, el autor plantea la necesidad de construir una alternativa que prevalezca, “reconstruir una solidaridad europea que posibilite una cooperación basada en una perspectiva política compartida con unos valores propios” (pág. 95).

El autor plantea una serie de desafíos y propuestas. El incremento del crédito como estímulo a un consumo generalizado ha sido la base del desarrollo capitalista a finales del siglo XX. En ese incremento han jugado un papel fundamental (como impulsores y supervisores) los grandes centros financieros mundiales, Nueva York y Londres. Así se llega al inicio de la crisis, el 27 de Febrero de 2007, con el hundimiento de la bolsa de Nueva York (titulización e hipotecas subprime). Los orígenes que hicieron posible que esto ocurriera se localizan en el consenso de Washington de 1989, un canon de política económica monetarista basada en la creencia en la libertad de mercado como condición indispensable para el éxito económico. Según este modelo, la flexibilidad del mercado laboral y la auto-responsabilización de los ciudadanos son la base para fortalecer la economía. El estado no asume el rol de garantizador de las tutelas sociales si no el de facilitador siendo sustituida la solidaridad, legitimadora de la acción pública, por la responsabilidad individual. Las medidas planteadas en el consenso de Washington se materializarán en el Tratado de Maastrich (1992), y serán legitimadas al ser presentadas como cambios necesarios para el proceso de europeización.

En Europa, los efectos de esta crisis han sido un aumento del desempleo (sobre todo juvenil), la austeridad y la deflación (la segunda como consecuencia de la primera), la fractura norte-sur en la UE (conformación bloque “germano” frente a PIGS) y el incremento de la pobreza (como resultado de los anteriores efectos mencionados). Todos estos efectos han puesto de manifiesto la falta de coordinación a la hora de dar una respuesta por parte de las instituciones europeas.

Los estados europeos tradicionalmente se han centrado en la seguridad (protección), producción (bienes), conocimientos (desarrollo de modelos prevalentes de entender el mundo) y finanzas (acceso al crédito financiero). Actualmente, los estados han visto limitada su capacidad de acción en esos aspectos (el ejercicio de su soberanía) por el refuerzo del papel de las finanzas.

Tanto es así que los Estados-Nación no pueden tomar medidas en clave nacional para superar la crisis del Euro. Se da una contradicción entre la política estatal y la macroeconomía en Europa, Moreno lo resume en una expresión adaptada, los Estados-Nación serían “demasiado pequeños para prevalecer”<sup>1</sup>.

Hay dos modelos que prevalecen en el mundo y que han influido en el cuestionamiento o crisis del modelo propugnado por el Proyecto Europeo, serían el neoesclavismo y la remercantilización. El primero consiste en el control de personas con el propósito de explotación económica que genera una escala de competencia a la baja inasumible para Europa - dumping social-. El segundo modelo se basa en la liberación de individuos de sus ligámenes colectivos y la construcción autónoma de sus biografías sociales –individualismo posesivo-. Mediante la conversión de los ciudadanos en inversores, siguiendo la lógica de que cada cual debe asegurarse su bienestar y pagar por ello, se afianza una democracia de libre mercado que sería superior a todas las demás “para producir y crear prosperidad para todos” (pág. 126).

Frente a estos dos modelos hegemónicos, el autor plantea como estrategia viable el modelo social europeo (MSE en adelante). Este necesita generar valor añadido para ser competitivo, entendiendo por valor añadido “una ventaja comparativa adquirida por la optimización de los recursos sociales disponibles en elaboración e implementación de políticas económicas” (pág. 128). Logrando esta situación se garantizaría un crecimiento económico sostenido y sostenible basado en la cohesión social. El principal desafío para conseguir realizar esta propuesta es que nos enfrentamos a una situación delicada, ya que las cicatrices de la crisis son evidentes en una juventud que desconfía de las instituciones y con una vida laboral precaria.

El autor concluye planteando que el objetivo a conseguir es una europeización que promueva una Gobernanza Multinivel respetuosa con la subsidiariedad territorial y la rendición de cuentas democrática. Para lograrlo, hay que optimizar los solapamientos que hay entre autoridades y gobiernos, construir soberanías post-estatales y construir encajes institucionales ante un entorno tan diverso. Además, se debe exigir mayor transparencia y una apertura de la toma de decisiones a la ciudadanía (pág. 142). Luis Moreno apuesta por el conocimiento como factor estratégico clave para poder lograr un modelo socioeconómico competitivo que preserve los valores europeos encarnados en el MSE.

Para terminar, tal vez destacar la desconsideración, en este análisis sobre la situación europea y ante la búsqueda de posibles soluciones, de dos factores que podrían dar nueva luz a sus problemas: las relaciones de reciprocidad con Latinoamérica y los flujos migratorios que vienen a Europa. Considero que ambos son factores de gran importancia en la Unión Europea y pueden ayudar a dar un giro importante hacia el reforzamiento del modelo social europeo. Entre otras circunstancias, América Latina ha mirado hacia Europa a la hora de intentar construir su sistema socioeconómico a favor de construir un Estado de Bienestar a semejanza de los que hay en Europa. Así mismo, la migración que viene a Europa,

---

<sup>1</sup> En contraposición a la idea de que los bancos eran “demasiado grandes para caer” durante la crisis.

lejos de ser un problema, podría ser vista como una oportunidad de afianzar el papel de Europa como agente de cambio en el mundo, ya que es una de las pocas posibilidades de rejuvenecer un continente que envejece a pasos agigantados.

Fernando Aguado Basabe  
Universidad Complutense de Madrid  
faguado@estumail.ucm.es